

WINK
POPPY
MIDNIGHT

April Genevieve Tucholke



Título original: *Wink, Poppy, Midnight*
Traducción del inglés de Silvana Poch
Revisión y adaptación de María Otero y Débora Martínez Domingo
Diseño de cubierta: © Lisa Perrin, 2016
Primera edición: julio de 2020

© April Tucholke, 2016
© VR Europa, un sello de Editorial Entremares, s.l., 2020
c/ Vergós, 26, 08017 Barcelona – www.vreuropa.es

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-122148-1-9 – Depósito legal: B-11.339-2020
Maquetación: José María Díaz de Mendívil – Adaptación de cubierta: Silvia Blanco
Impreso por TauroGráfica

Impreso en España / *Printed in Spain*

Este libro se ha impreso en papel procedente de bosques gestionados de forma sostenible y que ha seguido un proceso de fabricación totalmente libre de cloro.

Para todas las chicas que tienen la cabeza en las nubes



Eres el héroe de tu propia historia.

JOSEPH CAMPBELL



MIDNIGHT

La primera vez que me acosté con Poppy lloré. Los dos teníamos dieciséis años y yo había estado enamorado de ella desde niño, desde la época en la que aún leía cómics de monstruos y dedicaba demasiado tiempo a los trucos de prestidigitación, porque quería ser mago.

Dicen que a esa edad no se puede sentir amor verdadero, pero yo lo sentí. Por Poppy.

Era la chica que vivía en la casa de al lado, que se caía de la bicicleta y se reía de sus rodillas ensangrentadas. Era la heroína del vecindario, la que organizaba juegos como «Quemar a la bruja» y lograba que todos participaran. Era la reina del instituto que, un día, se estiró hacia delante durante la clase de matemáticas, agarró el abundante cabello rubio platino de Holly Trueblood y se lo cortó casi al rape mientras esta no dejaba de gritar. Todo porque alguien había dicho que el pelo de Holly era más bonito que el suyo.

Esa era Poppy.

Cuando acabamos, me eché a llorar. Solo un poquito, solo porque mi corazón estaba a punto de explotar, solo un par de lagrimitas. Poppy me apartó, se levantó y se rió. No era una risa agradable. No rió como diciendo «Los dos hemos perdido el control, mira que acostarnos, qué maravilla, siempre te querré porque hemos hecho juntos Algo Tan Importante por primera vez».

No, fue algo más parecido a «¿Esto es todo? ¿Y por esto estás llorando?».

Poppy deslizó sus largas y blancas piernas en su vestido amarillo pálido: parecía leche derramándose sobre mantequilla derretida. En esa época estaba muy delgada y no necesitaba sujetador. Se colocó delante de la lámpara, frente a mí, y el haz de luz atravesó su tenue vestido veraniego, delineando sus dulces partes femeninas de una manera que recordaría una y otra vez hasta enloquecer.

—Midnight, en el último curso serás el chico más guapo del instituto.

Poppy apoyó los codos en el alféizar de la ventana y se quedó mirando la oscuridad. El aire de alta montaña era ligero y limpio, y olía aún mejor por la noche. A pino, enebro y tierra. El perfume de la noche se mezcló con el aroma a jazmín de la botellita de vidrio que Poppy sacó del bolsillo y se llevó a los lóbulos de las orejas y a las muñecas.

—Por eso he dejado que fueras el primero. Yo quería entregarme a él. Es el único chico al que querré. Pero no sabes nada sobre él y yo no te contaré nada.

Se me paró el corazón. Luego volvió a palpar.

—Poppy. —Mi voz era débil y susurrante, y me oí por ello.

Golpeteó con los dedos en el alféizar y me ignoró.

Una lechuza ululó en la noche.

Poppy se echó la melena tras el hombro de esa forma tan desgarbada y torpe que aún tenía entonces. Cuando empezó el instituto, ya había desaparecido por completo: todo en ella era delicada elegancia y movimientos fríos y precisos.

—Y ahora nadie podrá decir que no tengo buen gusto, Midnight Hunt, ni siquiera de joven. A los dieciocho serás

tan guapo que las chicas se derretirán solo verte: tus largas pestañas negras, ese sedoso pelo castaño, los ojos tan azules... Pero yo te he tenido primero, y tú a mí primero. Y ha sido una buena jugada por mi parte. Una jugada brillante.

Entonces llegó el año en que anduve todo el día detrás de Poppy, el corazón lleno de poesía y explotando de amor, sin ver lo poco que yo le interesaba, sin importar las veces que la tuve entre mis brazos ni las veces que después se rió de mí. Sin importar las veces que se burló de mí delante de sus amigos ni las veces que le dije que la quería y ella no me correspondió. No me lo dijo ni una sola una vez. Ni de lejos.

WINK

Todas las historias necesitan un Héroe.

Mim lo vio en las hojas de té el día en que Midnight se mudó a la casa de enfrente. Se inclinó, me apartó el pelo, me colocó los dedos en el mentón y dijo:

«Tu historia está a punto de empezar, y ese chico que está metiendo cajas en la vieja casa inclinada del otro lado de la calle es el principio».

Y yo supe que Mim tenía razón con respecto a Midnight, porque las hojas también le dijeron que el gran gallo moriría de forma violenta durante la noche. Y, en efecto, lo atrapó un zorro. Lo encontramos por la mañana, las suaves plumas en-

durecidas por la sangre, el cuerpo hecho pedazos en el suelo,
junto la carretilla roja, igual que en aquel poema...

POPPY

Me enamoré de Leaf Bell el día en que le dio una paliza a
DeeDee Ruffler.

Ella era la peor abusona del instituto, y él fue el primer y
único chico que la puso en su sitio. Como también soy una
abusona, probablemente hayáis pensado que me compadecí
de ella, pero no fue así.

DeeDee era una chica bajita e insignificante, con una vena
cruel de varios metros de altura, que vivía en la zona pobre
del pueblo. Tenía un cuerpo fuerte y ridículo, un rostro vulgar
y redondo y una voz odiosa y chillona, y ya había intentado
provocar a Leaf en otras ocasiones. Lo había llamado de todo
—pobre, pelirrojo, flacucho, sucio, enfermo— y él se había
limitado a reírse. Pero el día en que llamó a Fleet Park, un
niño de doce años, «chino maricón», Fleet se echó a llorar y
Leaf explotó. Le pegó a DeeDee hasta dejarla en coma allí
mismo, en las escaleras del instituto. Le golpeó la cabeza con-
tra el cemento mientras la mantenía inmovilizada con las
rodillas sobre el pecho, y las tetas de DeeDee se sacudían y el
pelo rojo de Leaf volaba alrededor de sus desgarrados hom-
bros, con las montañas nevadas de fondo.

Ese día, mi corazón triplicó su tamaño.

Después de que Leaf le destrozara la cabeza, DeeDee no
volvió a ser la misma. En la clase de ciencia de la mujer mo-

derna, leí acerca de las lobotomías, y era así como había quedado ella: indiferente, apática, inútil.

Leaf no tuvo problemas por esa pelea, nunca se metía en problemas, igual que yo. Además, todo el mundo estaba harto de DeeDee, incluso los profesores, especialmente los profesores. Era tan malvada con ellos como con el resto.

También había maldad dentro de mí, una vena cruel. No sabía de dónde venía y no quería tenerla, de la misma forma que no quería tener los pies grandes, ni pelo castaño apagado ni nariz de cerdito.

Pero, joder, si hubiera nacido con nariz de cerdito, lo aceptaría, como acepto lo cruel y lo malvado.

Leaf fue el primero en identificarme por lo que era. Yo era preciosa, ya de niña. Parecía un ángel: labios de querubín, mejillas sonrosadas, huesos elegantes y una aureola de cabello rubio. Todos me querían y yo me quería a mí misma, siempre me salía con la mía y hacía lo que me daba la gana, y aun así, la gente se sentía afortunada de conocerme.

Nadie se considera superficial, podéis preguntarles a vuestros conocidos, todos lo negarán. Pero yo soy la prueba viviente de eso: siempre me salgo con la mía porque soy guapa.

Sin embargo, Leaf vio más allá de la belleza: la traspasó.

Yo tenía catorce años cuando Leaf Bell le partió la cabeza a DeeDee en las escaleras del instituto, y quince cuando lo seguí hasta su casa e intenté besarlo en el granero. Se rió en mi cara y me dijo que era fea por dentro, y me dejó sola ahí, sentada sobre el heno.

■ ■ ■



WINK

Todas las historias necesitan un Villano.

El Villano es tan importante como el Héroe. Tal vez más importante. He leído muchos libros: algunos en voz alta a los Huérfanos y otros a solas. Todos tenían un Villano: la Bruja Blanca, la Bruja Malvada, el Caballero del Pelo como el Villano del Cardo, Bill Sykes, Sauron, Mr. Hyde, la Sra. Danvers, Iago, Grendel...

No necesitaba que Mim me leyera las hojas de té para saber quién era el Villano de mi historia. En este caso era mujer y tenía el cabello rubio y el corazón del Héroe en las manos. Tenía dientes, garras y un pico de oro, como el diablo embaucador de una novela de T. S. Joyce.



MIDNIGHT

Tengo un hermano mayor. Un hermanastro. Se llama Alabama (se explicará más adelante) y vive con nuestra madre en Lourmarin, Francia. Mis padres no están divorciados, simplemente no viven juntos. Mi madre escribe novelas históricas de misterio y hace dos años, en medio de una tormenta de nieve, decidió que continuaría escribiendo novelas históricas de misterio, pero en Francia. Mi padre suspiró, se encogió de hombros y ella se marchó. Y Alabama se marchó con ella. De todas maneras, él siempre había sido su preferido, proba-



blemente porque su padre fue el gran amor de mi madre. El padre de Alabama era muscogui y choctaw. Regresó de inmediato a Alabama (el estado, no el hermano) antes de que naciera mi hermano. Entonces apareció mi padre, con su gran corazón y su debilidad por las criaturas necesitadas. Se casó con mi madre embarazada, y el resto es historia.

Esto es, hasta que el invierno pasado ella se hizo bohemia y se marchó con mi hermano a un país de uvas y quesos. Entonces mi padre vendió la aburrida y espaciosa casa de tres dormitorios y tres baños en la que yo me había criado y nos mudamos al campo, a una vieja y ruinosa casa de cinco dormitorios, un baño y suelos que crujen.

Dos hectáreas, un huerto de manzanos y un arroyo claro y burbujeante. Justo cuando llegaba el verano.

Y no me importó. En absoluto.

La casa estaba a tres kilómetros del pueblo, a tres kilómetros de Puente Roto, con sus mansiones victorianas, sus calles adoquinadas, sus caros restaurantes gourmet y sus hordas de esquiadores en invierno.

Y estaba a tres hermosos y benditos kilómetros de Poppy.

No más golpecitos en la ventana en medio de la noche de la chica que vivía a tres casas de la mía. No más Poppy riéndose mientras trepaba hasta el alféizar de la ventana y se metía en mi cama. No más dudas sobre de quién era la colonia a la que olía la pechera de su camisa.

Se había acabado comportarme como un idiota. Y esta vieja casa, enclavada entre manzanos y pinos en un rincón sombrío y olvidado de las montañas..., era el primer paso hacia mi libertad.

Mi libertad de Poppy.

POPPY

Yo se la habría entregado a Leaf en cuanto me la hubiese pedido, pero jamás lo hizo, así que decidí dársela a Midnight.

Midnight, con sus grandes ojos entornados y el corazón saltándole del pecho, los suspiros, la suavidad, los besos. Lo odié por eso, lo odié de verdad.

Lo odié, lo odié, lo odié.

Mis padres creían que yo aún era virgen. Nunca hablaban de sexo en mi presencia, se negaban a aceptar que había crecido, porque querían que fuera su estúpido angelito para siempre. Y eso me ponía furiosa, furiosa, furiosa por dentro, todo el tiempo, todo el tiempo. Usaba las faldas más cortas que encontraba y los tops más escotados. Ay, cómo se retorcían buscando en mí alguna parte que no fuera sexual donde posar sus ojos, para poder mantener la imagen que siempre habían tenido de mí.

Mis padres seguían regalándome muñecas que eran iguales que yo: rubias, de ojos grandes y labios rojos y carnosos. Y cada vez que veía una nueva caja sobre la mesa de la cocina, envuelta en papel rosa y con mi nombre, sabía que esa misma noche me encontraría golpeando la ventana de Midnight para que me dejara entrar y así demostrarme a mí misma lo antiangelical que era.

La mayoría de la gente lleva vidas de silenciosa desesperación. Leaf decía eso a menudo. Es la cita de un hippie de esos que abrazan los árboles, que llevó una vida aburrida en el bosque hace mil años, y es probable que Leaf creyera que me abriría los ojos, que me volvería más sabia y me conectaría

con mi ser más profundo, pero lo único que logró fue que me dieran ganas de arrancarme toda la ropa y correr gritando por el pueblo.

Si iba a llevar una vida de desesperación, no sería silenciosa sino escandalosa.

WINK

Observé al Héroe mientras descargaba cajas en la vieja casa de Lucy Rish. Me coloqué junto a un manzano y estuve allí bastante rato, hasta que me vio. Se me daba bien pasar desapercibida cuando no quería que me vieran. Había aprendido a ser silenciosa e invisible leyendo *Sigilos y sombras*.

No les había mostrado a mis hermanos *Sigilos y sombras*. No quería que aprendieran a esconderse a plena luz del día. No todavía.

Esperaba que al Héroe le gustara su nueva casa. A Lucy no le había gustado. Había sido una anciana malvada y supersticiosa, que nos llamaba *brujas* y aferraba su rosario cada vez que nos veía. Y tiraba manzanas a los Huérfanos si jugaban muy cerca de su terreno. Su marido era bueno, siempre nos sonreía desde el otro lado del camino, pero murió hace tres años. Felix cree que Lucy lo envenenó, pero no lo sé. Constantemente muere gente mayor sin veneno de por medio.

